

Aquel era el camino de Damasco en el que el espíritu del Cometa debía sufrir una fuerte y duradera impresión; desde aquella fecha debían contarse sus buenos sentimientos hácia nosotros. Sin aquel hecho tal vez hubiera flotado largo tiempo aun en la indiferencia; pero, como se ha observado muchas veces, basta una causa inesperada para trasformar de pronto los caracteres mas firmes. Movidó por un sentimiento de benevolencia que los poderosos experimentan hácia los muy bajos y humildes, á la vista de aquel trágico fin el cometa se enterneció tristemente y llegó á temer por la vida de la Tierra. « ¡ Pobre Tierra ! exclamó, si vendrá esa revolución para darte muerte ántes de haber nacido ! ¿ Qué será de ella en medio de las turbaciones en que convulsivamente se agitaba poco há ? Tendrá fuerza bastante para dominarlas y sobrevivir á ellas, ó será su destino servir tan solo de inhospitalaria morada á seres salvajes y crueles ?

Desde aquel día, prestó mayor atención y la suerte de la Tierra le interesó mas vivamente, en razón al estado humilde de dicho globo. Con frecuencia pensaba en ella y pasaba junto á las mas esplendentes y magníficas esferas sin echarles ni siquiera una ojeada. Llegó á veces á encontrar

muy tardío y pesado su viaje : no se conformaba ya con la idea de pasar tres mil sesenta y tres años y medio ausente de la Tierra y á lo mas diez y ocho meses en presencia de ella. Por último, el pequeño mundo llegó á ser una de sus ideas mas constantes.

Aguardaba con impaciencia el verano, pues el solsticio de esta estación es para los cometas la época de su paso en el perihelo y de su aproximación á la Tierra. Desde que sentía los rayos del sol hacerse mas ardientes y tan pronto como veía aumentar á aquel astro, entónces conocía que se hallaba al fin de la primavera. Apenas se hacía visible la Tierra, ya fuese bajo la forma de una manchita redonda en el sol ó ya á manera de una media luna ó de un cuarto creciente á la izquierda ó á la derecha del astro radiante, sentía con placer aumentar su velocidad y aproximarse al objeto de sus deseos. Así llegaba con toda rapidez á acercarse al globo terráqueo al que amaba cada vez mas y desde el primer día empezaba la revisión de su pequeño mundo.

Asistió al despertar de las razas animales de toda la época secundaria desde el periodo del lias y del periodooolítico hasta el último de los subperiodos cretáceos. De tres en tres mil años obser-

vaba la sucesion lenta y regular de las especies, tanto animales como vegetales. Habiéndose acostumbrado poco á poco á las revoluciones inherentes á la formacion de todo lo creado ; presenciando los cataclismos que trasfiguraban de arriba á abajo ciertas partes de la superficie terrestre, las convulsiones interiores de donde se formaban las bocas volcánicas para vomitar sus fuegos horribles, la elevacion de las cordilleras de montañas que preparaban en la superficie los relieves de la futura configuracion geográfica del planeta, llegó á hacerse ménos temeroso respecto de los efectos de esos grandes movimientos, á pensar que una ley desconocida los dirigia y á convencerse que solo servian para el progreso y perfeccionamiento del globo en que tenian lugar. Así fué como en cada uno de aquellos años tres mil veces mayores que los nuestros, seguia el progreso del niño terráqueo en su cuna.

En honor de la verdad debemos decir que no perseveró siempre en su solícita atencion. La causa de esa falta de perseverancia se debe á un principio sobre el que es bueno á veces fijarse un poco : el trato frecuente con los poderosos puede debilitar algo nuestros sentimientos fraternales en favor de los humildes. Pasando la mejor, ó mas

bien la mayor parte de su vida con los patricios del imperio solar, el Cometa sufrió sin darse cuenta de ello una especie de contagio y se enorgullecó un poco con aquel roce. Por unos cuarenta mil años estuvo prestando atencion con igual intensidad ; pero luego parecia cansarse y aguardaba ya con ménos impaciencia la vuelta de la primavera. Empezaba á acostumbrarse al espectáculo terráqueo y pensaba en los demás planetas. Al aproximarse á ellos los miraba y de nuevo volvian como ántes las comparaciones poco ventajosas para nuestro globo con los demás astros. Por veinte mil años se mantuvo en esa actitud y casi se podia deducir de ella que las esferas superiores llamaban principalmente como en otro tiempo la atencion de su espíritu. Con todo la Tierra progresaba mas rápidamente que aquellos, puesto que era mas jóven y cambiando la escena con mas facilidad en la época de la formacion terciaria, volvió nuestro globo á ser para el cometa objeto de la atencion que por un instante se habia hecho extensiva á los demás mundos.

III

AURORA

Por pequeño é insignificante que sea su rango en la creacion, merecia el globo terráqueo la atencion con que le honró nuestro célebre viajero. No es ni el tamaño ni el peso precisamente lo que constituye el valor de una criatura, pues esta como hija que es de un poder infinito lleva en la frente el sello de su autor. Tan admirable es un objeto pequeño de la naturaleza como uno grande. En esto estriba principalmente el caracter inherente al poder infinito, como sucede con el sol reflejándose en una gota de agua con tanta brillantez como en el océano. El inteligente cosmopolita no dejó de hacer esas observaciones que le proporcionaba la misma contemplacion de la naturaleza

y en sus solitarias meditaciones debió elevar sin duda el globo terráqueo á la altura que por derecho de nacimiento le correspondia, — su ejecutoria estaba coronada por una diadema divina.

Además, por sí misma la Tierra iba poco á poco dando á conocer la grandeza de su origen. Salia insensiblemente de sus pañales primitivos y se despojaba de sus deformidades para elevarse á la belleza. Empezaba á despuntar la elegancia. En otro tiempo las plantas y los animales eran rudos y toscos, sin ninguna clase de atractivos; los árboles severos no tenian ni hojas ni frutos: desprovistos se hallaban tambien los animales de pieles, lanas, plumaje y de todo ornamento. Pero en la época á que hemos llegado, notabanse ya flores y frutos para el primer reino y lujosas vestiduras para el segundo. La familia de los proteaceos dejaba ver en las banksias hermosas ramas fructíferas.

Las mimoseas ofrecian ya las acacias y los jugos que aun hoy se encuentran confinados en la lejána Australia. Los abedules, los carpinos, los nogales, los aunos, se elevaban al lado de las palmeras, los pinos, los tejos, y los cipreses, sin estar separados como hoy acontece por las leyes de la distribución geográfica. En los pantános, rios y

lagunas se veían también las colas de caballo y los castaños de agua, y las gigantescas flores ninfeáceas abrian sus hermosas adelfas en la superficie de las mansas aguas.

¿Para qué miradas aparecían aquellas bellezas en la aurora de la Tierra? Para qué oídos las armonías de la naturaleza suspiraban en el rumor de los mares y en el murmurio del follaje? Para quién daban los bosques silenciosos retiros, presentaban encantadoras perspectivas y extendían adamsadas alfombras por medio de la luz irregular? Sobre qué frentes caía el silencio de las noches estrelladas con la tranquila mirada de la plateada Luna? Para quién eran esos antiguos esplandores? Para quién aquellas irradiaciones del cielo, el verdor de los prados, aquellas brisas perfumadas, aquel estremecimiento del ramaje al temblor de la hoja, aquellos magníficos espectáculos de la tierra y del mar? Para quién aquel sol de los días y aquellas estrellas de las noches; aquel cielo azul, aquellas nubes multicolores, aquellos resplandores dorados de los crepúsculos, aquellas apariciones del arco iris y de los meteoros?... Para quién el trabajo de aquella inmensa naturaleza? Ninguna inteligencia había hecho aun su aparición en la Tierra.

En los países en que hoy irradia el mundo civilizado, en la comarca donde se alza ufana nuestra brillante capital, reinaban entonces las profundas aguas del océano. Los lugares en donde debía estar la Francia no dejaban adivinar ningún indicio de la forma que presenta en la actualidad. Era aquello entonces un conjunto de grandes lagos y de penínsulas. El mar descendía más abajo de París, hasta Bourges; desde Valenciennes á San Ló se podía únicamente seguir á flor de agua la cadena irregular de la formación cretácea. La llanura de Langres estaba formada desde el período jurásico y dominaba este último mar; las cúspides elevadas que Langres debía coronar con sus negras almenas, aquellas en que César debía encender las hogueras á las que Montigny-le-Roi arrebató la chispa de su nombre, las cavernas suspendidas donde Sabino debía surtraerse un día á la cólera del águila romana, aquellas cunas venerables velaban ya sobre las ondas antdiluvianas. La antigua Auvernia, lo mismo que la Bretaña á su izquierda y á su derecha los Alpes, se había elevado desde los siglos lejanos de la época primitiva; pero Lyon, Tours, París y Dunkerque yacían aun en el fondo de las aguas. En la época terciaria es cuando

aparecieron aquellos terrenos en la superficie para una duracion, si bien no definitiva, al ménos muy respetable.

Los predecesores de las especies animales que viven aun en nuestros dias se escalonaban segun la fecha de su aparicion. Despues de la vida de las aguas habian venido los anfibios; despues de estos vinieron los seres nacidos para la tierra firme; tan cierto es que nada hay fortuito en la creacion y que la sucesion de las especies fué ordenada por la autoridad de las leyes eternas. Los primeros cuadrúpedos mamíferos fueron paquidermos; Palootherio, Anoplotherio, Xiphodonte, séres intermedios por su organizacion entre el rinoceronte, el caballo y el tapir. Del tamaño de un caballo el primero, con una cabeza de tapir adornada con una trompa carnosa de ojos pequeños y lánguidos y con piernas muy gruesas. Tenia por el contrario el segundo las piernas muy largas y además una cola de un metro de largo que le hacía las veces de timon para atravesar los lagos y los rios. El tercero se asemejaba á una gamuza esbelta, medrosa y ligera. Existia tambien el Lofiodonte, cuyo tamaño variaba segun las especies, desde el del conejo hasta el del rinoceronte; el Chiropotamo vivia en los rios. En los

mares, donde el Mosasauro, cuya mandibula de un metro de larga llevaba el sello del periodo cretaceo, y asomaba á ratos una cabeza enorme fuera del agua, otros cetaceos mas tranquilos, los Delfines, eran los reyes del líquido elemento. Relativamente á nosotros la poblacion de la Tierra conservaba el carácter que nos admiró precedentemente en las épocas anteriores.

Cuando llegó el Cometa cerca de la Tierra, en la aurora de la última época, en el periodo eoceno (*εως*, aurora; *καινος*, reciente), pudo contemplar pasajes en los cuales se desarrollaba la vida en la plenitud de sus progresos. En aquel espectáculo se reveló la ley de los destinos; dedujo que una voluntad desconocida dirigía la formacion de aquel pequeño mundo y preparaba una morada para algun nuevo ser digno de recibir el cetro de un mundo.

Depurada ya la atmósfera podia el Sol derramar á manos llenas sus rayos generadores; las aguas plácidas y silenciosas reflejaban un cielo puro; mil plantas hacian ondular en el aire sus verdeantes penachos, y flores primitivas se miraban á la orilla de las aguas. Retozaban ya en los campos los rebaños y los alegres habitantes del aire encaminaban su vuelta á elevadas regiones.

Irradiaba la vida en su aurora y las estaciones empezaban ya á deslindarse. Reconoció que el régimen y gobierno de la Tierra se aproximaba ya de un modo visible al de los mundos superiores. Acostumbrado como todos los cometas á pasar del extremo del calor al del frio, á acercarse al Sol en cada uno de sus ardientes estios y á separarse de él á distancias prodigiosas, en sus inviernos mil veces mas frios que los nuestros, por un sentimiento de bondad natural, sentía una verdadera satisfaccion al ver ciertos mundos libres de tales rigores ¹. Hallábase la Tierra en la afortunada condicion de los planetas.

¹ Debió con todo extrañarse de semejante uniformidad. Es tan larga la eclipse de algunos Cometas que en la época de su afelia deben sufrir un frio tan intenso del que no podemos formamos idea, mientras que tan cerca del Sol pueden pasar en su perihelio que sufren un calor inconcebible tambien. Newton calcula que el Cometa de 1680, recibió al pasar junto al Sol veintiocho mil veces mas calor del que recibimos nosotros en el solsticio de verano, y que su temperatura debió ser dos mil veces mas elevada que la del hierro candente. Añadia Newton que el destino de los Cometas era caer en el Sol para mantener su ignicion. El autor de las *Cartas de la Tumba* aludiria tal vez á este fin deplorable cuando escribia lo siguiente : « Un poderoso cometa, » mayor que Júpiter, aumentó de volúmen en su trayecto amalgamándose seis cometas mas. Desviado de su camino ordinario por estos pequeños choques, no pudo volver á tomar

Esta consideracion la unió mas íntimamente aun á los demás mundos y de esto resultó cierto sentimiento de alegría en el espíritu del Cometa á favor de la Tierra. La categoria de esta empezaba á dibujarse.

Aquellos progresos, lentos, pero sensibles, proporcionaban al astro viajero goces maternales que no habia experimentado hasta entonces. Cuando por primera vez en un viaje ó por efecto de cierta colocacion de todos los planetas importantes detrás del Sol, se hubo aproximado mas que nunca á este astro, notó la existencia de otros dos planetas entre la Tierra y el Sol, Vénus y Mercurio; no fijó la atencion en estos mundos, ni se permitió la satisfaccion de seguir paso á paso las fases de su desarrollo, los olvidó como si hubieran permanecido en el caos y no se interesó mas que en la observacion de nuestra Tierra. Otra vez, al pasar junto á Marte, observó en este globo una creacion muy análoga á la de la Tierra y que podia excitar del mismo modo la curiosidad de un viajero. La misma indiferencia que ma-

» bien su órbita elíptica, de modo que el pobre fué á estre-
» llarse en el centro devorador del Sol... Se cuenta que el
» desgraciado Cometa, quemado vivo, lanzaba espantosos
» gritos. »

nifestó por Vénus y Mercurio, tuvo tambien por Marte, á quien dejó volar solitariamente en su órbita ideal, para no ocuparse mas que del globo terráqueo en las épocas de su paso en las regiones en que se agita. Esta sencilla observacion basta para dar á conocer que decididamente habia salido nuestro Cometa de su pasada indiferencia hácia nosotros, y que de allí en adelante iba á fijarse en todo lo que pudiera tener relacion con nuestro globo.

Fué en la época de su centésimo viaje á contar desde el primero que hemos referido al principio de esta narracion, es decir hacia el año 304,689, cuando el brillante Cometa habia asistido al preludio de la gran época geológica que precedió á la en que nos hallamos hoy. 50,000 años despues veia desaparecer esa faz eocena. Dos mil siglos ántes de nuestra era, llegaba en medio del periodo al cual se ha dado el nombre de mioceno.

¡Aurora, mañana de la vida, origen luminoso! Mas tarde, las formas de la existencia habrán revestido sin duda una elegancia mas esquisita, una belleza mas perfecta; pero en aquella época se siente la raíz de la primavera universal subir desde todas las raíces para elevarse á todas las cimas. Mas adelante el progreso incesante conti-

nuará su obra; pero entónces todas las fuerzas de la naturaleza se hallan en plena virilidad y prepararon á la esperanza un espectáculo que ninguna otra época le podria presentar en el porvenir.

Si nuestros siglos son segundos en el reloj gigantesco de los cielos, y si el *dia* de la Tierra, en el órden astronómico, debe igualarse á millares de siglos, ¿causará extrañeza que la aurora de semejante día se cuente con la misma medida y que se haya extendido en una larga série de siglos? Los períodos efimeros por los que medimos las facces de nuestra vida actual, son medidas insignificantes en la vida de la naturaleza; un siglo no se apercibe siquiera en la frente de este sér siempre jóven; diez siglos, ciento, no marcan en él ninguna arruga.

Para medir los primeros años de un globo mil y mil veces secular, se hallaba el Cometa en condiciones mucho mejores que las en que nos hallamos en la Tierra, y tal es la feliz posicion de los cometas en general. Su vara de medir era de mas de tres mil años, puesto que ya hemos dicho que este período cuando ménos mediaba entre una y otra visita, y esto, repetimos, le daba

naturalmente una escala cronológica respetable y muy á propósito para servir de unidad de medida á las evoluciones terrenales.

Á pesar de este largo intervalo, tan grande á nuestra vista, pero tan pequeño en la duracion indeterminada de las creaciones celestiales, le sucedió á veces no notar ni el mas ligero cambio en el aspecto terrestre entre dos tránsitos sucesivos, tal era la lentitud con que se verificaban los cambios; le sucedia á veces observar las mismas escenas, los mismos paisages, los mismos vegetales y las mismas especies animales, como si los seres que habia visto tres mil años ántes estuviesen aun en vida y en la misma edad. Si esto le sucedia á pesar de la larga duracion de su año, ¿qué hubiera sido en un período de revolucion mas corto? Le hubiera sido completamente imposible estudiar de un modo conveniente esta creacion lentamente progresiva.

Á estas ventajas inherentes á su naturaleza cometaria, reunia otras no ménos importantes: como el poder comparar los demás mundos al nuestro. Habiéndose formado en las regiones heliacas del sistema, en una época en que los planetas mas lejanos florecian ya en el seno de una esplendorosa carrera, no pudo asistir al

nacimiento de ninguno de ellos, pues todos eran ya mayores que él y siempre los habia visto en la plenitud de la vida.

Neptuno, el astro mas lejano y mas antiguo de todos, habia pasado ya su mediodía. En las regiones lejanas en que se encuentra, la Tierra se hubiera helado y esterilizado de repente; pero en virtud de la variedad de accion de las fuerzas de la naturaleza (naciendo siempre los mundos en armonía con el lugar de su destino) vivia Neptuno en los desiertos de su vida especial, con años iguales á mas de un siglo y medio terrestre.

Urano, mundo mas jóven, se hallaba en el centro de su jornada: era otra vida bajo otros aspectos, vida incompatible con la precedente, lo mismo que se diferenciaba esencialmente de las sucesivas. En sus mas aventuradas temeridades, no alcanza nunca la imaginacion humana á elevarse á la posibilidad de existencias diferentes de la nuestra, é impotente se halla siempre para representarse las formas desconocidas. Alrededor del mundo uránico gravitaban cuatro lunas retrógradas que semejantes á su soberano contaban ya en el pasado de su cronología las fases que habian desaparecido de su primera joventud. Cada año

uránico es igual á ochenta y cuatro años terrestres.

Saturno, segun hemos visto ya, se hallaba en el seno de su esplendor y se elevaba aun de perfeccion en perfeccion. Decir que los Saturneos marchaban á grandes pasos hácia el apogeo que habian alcanzado ya los Uranios, seria sin embargo hablar sin propiedad, porque la perfeccion de un mundo no es la perfeccion de otro y ni en ninguna época de su larga historia, se hubieran podido colocar los mundos en una sola série y dar á cada uno el número de órden en una misma escala. Cada mundo tiene su destino especial, como tambien medios especiales para cumplirlo. Los Saturnios tienen años treinta veces mas largos que los nuestros y ocho satélites dan á su calendario ocho meses lunares.

Júpiter se encontraba entonces en plena juventud, lleno de fuerza y vigor. De seguro que habia pasado hacia largo tiempo por el periodo correspondiente al que entónces atravesaba la Tierra y con mayor lentitud era como se oian los latidos de su fuerza vital. Su año era doce veces mas largo que el nuestro; guardaba su primitiva primavera perpetua, mientras que las estaciones comenzaban á hacerse sensibles en

la superficie del globo; cuatro lunas rápidas circulaban á su alrededor exuberantes como el de una vida escepcional.

El Cometa habia observado todo esto ántes del día en que la Tierra se le apareció por primera vez y esta fué sin duda una de las causas que motivaron su desden. Lo que mas efecto produjo en su ánimo y lo que hizo mas daño á la buena forma de la Tierra era la pequeñez del globo terráqueo al lado del de Júpiter; la Tierra le hacia el efecto de una luna perdida y por esto creyó que no merecia llamar su atencion. Y es que existe en efecto una diferencia notable entre las dimensiones de Júpiter y las de la Tierra.

El diámetro de Júpiter es once veces mayor que el de la Tierra, lo cual le dá una superficie ciento veintiseis veces mayor y un volúmen mil cuatrocientas catorce veces mayor tambien. Hallábase Marte en aquella época, en una condicion semejante á la de la Tierra; aun cuando era mayor en edad, no habia crecido mucho y se detuvo algo en su primer desarrollo, y además como el astro melenudo habia hecho de la Tierra el objeto de sus primeras investigaciones, en virtud de un estado general que se podria llamar inercia moral, siempre se fijaba en nuestro globo